AÑO V — BUENOS AIRES, 14 DE JUNIO DE 1926 — N.o 227

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administración : PERU 1537 — Valores y giros a M. TORRENTE

BAKUNIN

Pronto hará cincuenta años que Miguel Bakunin dejó de existir; espontáneamente se recuerda en la prensa anarquista del mundo, la fecha del 1 de julio de 1876. Nadie ha dado la orden de resucitar la memoria de aquel hombre extraordinario; ninguna comisión central ha prescrito que se rememore de algún modo en los distintos países ese cincuentenario de la desaparición de un combatiente genial de la libertad. Sin embargo, se habla en todos los países de Bakunin, del 1 de julio, y se preparan manifestaciones de simpatía hacia un nombre que vale por el mejor de los programas y el más definido de los símbolos. Hay nombres que pueden prestarse a diversas interpretaciones, el de Bakunin es reconocido universalmente como una bandera de libertad y de solidaridad; no puede confundirse con nadie, es una personalidad de una pieza que ningún escolástico conseguirá jamás desfigurar ni escamotear a las masas de los oprimidos y de los explotados. Fracasó el ensayo para matarlo moralmente, hecho por uno de los cerebros más poderosos del movimiento socialista, Karl Marx; lo que no consiguió Karl Marx no lo conseguirá ninguno de esos malabaristas y cazadores de puestos públicos que han querido tapar sus miserias morales, sus claudicaciones y sus apetitos, con el nombre de Bakunin; para eso son demasiado pequeños, demasiado mezquinos. Bakunin pertenece al pueblo, y si queremos que nos pertenezca a nosotros, ha de ser a condición de que jamás nos separemos del pueblo, de sus luchas, de sus aspiraciones, de sus triunfos y de sus derrotas.

Esa epontánea resurrección internacional del nombre de Bakunin, a que nos hemos referido, ¿será un síntoma de que nuestro movimiento comprende y valoriza la significación de ese combatiente? Volver a Bakunín es reconocer un factor revolucionario que vamos olvidando excesivamente: *la acción*. Desde hace mucho parece que el anarquismo hubiese sido castrado en su vigor y en su activismo primitivos. Nos olvidamos que la guerra social no se ventila con una filosófica pasividad, razonando continuamente en lugar de obrar, teorizando en lugar de vivir y de luchar prácticamente. Esto no quiere decir que hemos de dedicarnos a fabricar motines, como nos reprochan los sacerdotes de la iglesia marxista; cuando Bakunin lucha en las barricadas de Praga o Dresde, o de Lyon, cuando se prepara al combate en Bolonia o desea embarcarse para España a fin de dar una dirección más revolucionaria a las luchas cantonalistas, no es un simple revoltoso, sino un revolucionario de vastas perspectivas que no se contenta con filosofar sobre la revolución, sino que desea comenzarla, animarla con el propio ejemplo.

Volver a Bakunin es transformar nuestra mentalidad pasiva, contemplativa, en una mentalidad activa. No se necesita provocar motines para ser hombres de acción. La acción no es un simple movimiento gimnástico de los brazos y de las piernas; la acción revolucionaria es ante todo, una conformación activa, batalladora, del espíritu. No dar al anarquismo el valor de una hermosa filosofía, sino reconocerle sus características de movimiento popular contra el capitalismo y el Estado, es volver a Bakunin. No contemplar la vida como espectadores, sino como actores, es volver a Bakunín. Despertar en nosotros no sólo el conocimiento, sino más bien la pasión de la libertad, es volver a Bakunin.

MUSICA BURGUESA

Jazz-band "La paz armada"

Esa vuelta a Bakunin, esa vuelta a la concepción activa de la vida y del mundo es hoy, no sólo una promesa fecunda, sino una necesidad ineludible. Nunca hemos tenido más necesidad de movimiento, de acción propia, frente a todas las corrientes del autoritarismo que van dominando material y moralmente el mundo. El anarquismo tiene que representar el polo de las fuerzas que vuelven por los fueros de la libertad y de la dignidad humanas; si no lo hace no cumple con su misión histórica, y su porvenir no puede infundir grandes optimismos si persiste en ser espectador pasivo de los acontecimientos que ponen en escena las fuerzas de la reacción internacional.

El panorama del anarquismo, cincuenta años después de la muerte de Bakunin, es altamente desconsolador. Unos filosofan serenamente, con calma búdica, como si viviesen en el mejor de los mundos; otros, sin fé en sí mismos, buscan en alianzas con la burguesía supuestamente liberal un campo de acción en donde sus ideas habrán de quedar relegadas a un puesto secundario, como si esas ideas no tuviesen la capacidad de inspirar una acción independiente y de convertirse en el polo de los esfuerzos de la parte más noble de la humanidad; otros confunden el anarquismo con sus intereses personales o con los intereses de su organización o capilla; otros consideran que no hay campo libre para todos en la lucha contra la tiranía y la explotación y se entretienen en luchar por el hermoso ideal de quedar solos en la arena. Raros son los hombres aislados y los grupos que comprenden la gravedad de la hora; y a esos pocos o no se les escucha o se les siembra el camino de obstáculos, se les combate con todas las armas, se les injuria, se les calumnia, como si fuese un crimen querer sacudir las mentalidades pasivas y llevar a cabo un esfuerzo para remover las aguas del lago y desencadenar las pasiones de lucha, de realización, de ataque. Es trágico que haya tantas fuerzas de la libertad inactivas, siendo tan vasta la labor y tan grande el peligro que atravesamos.

LA PROTESTA quiere salir del marasmo en que nos ha sumido el cansancio y la decepción de los años subversivos de la post-guerra y llevar sus inquietudes y sus voces de alarma a todos los países, a todos los corazones capaces de latir por una buena causa. Creemos que este trabajo rudo animará algún día nuevas fuerzas y sacudirá de su sueño las fuerzas dormidas. Sin proponérnoslo de antemano, hemos trazado en nuestra labor cotidiana un programa de acción claro, fecundo en perspectivas, susceptible de poner en movimiento las grandes masas afines. Queremos reiniciar la lucha contra la autoridad y llamamos a todos los hombres de buena voluntad a secundarnos. Aquellos que persisten en la calumnia jesuítica e irresponsable o que acechan oportunidades para hacer triunfar sus apetitos, tendrán que volver en sí y advertirán un día los daños que han causado a la causa del anarquismo. Nosotros no tenderemos más la mano de la reconciliación a los que han pasado el límite de las infamias tolerables; hay abismos entre los militantes de este país que no se franquearán tal vez nunca; personalmente no será fácil volver a reanudar relaciones con quienes tan alevosa y tan canallescamente se han comportado; pero eso no impide de ningún modo secundar todo noble esfuerzo, toda buena iniciativa, venga de donde venga. En nosotros ni hallaron ni hallarán un obstáculo ningún individuo o ningún grupo que realice una buena labor, aunque no podamos volver a tender la mano a algunos de sus componentes. La anarquía está por encima de todos los personalismos, y donde quiera que se trabaje sinceramente por ella estaremos nosotros dispuestos a cooperar con todas nuestras fuerzas. No exigimos a nuestros adversarios la misma norma de conducta; que hagan lo que quieran; los anarquistas sabrán distinguir el esfuerzo sincero y consciente de la pasión del cisma y contribuirán moral y materialmente a la obra que más responda a sus sentimientos y a sus aspiraciones.

Pero volvamos a Bakunin. LA PROTESTA quiere rendir a ese gigante el más merecido homenaje, poniendo sus pensamientos al alcance del proletariado revolucionario de habla española. Hace ya cuatro o cinco años que hemos comenzado la publicación de las obras completas y aun hemos avanzado muy poco, casi nada; por nuestra parte hemos ido venciendo todos los obstáculos; estamos tan firmes como el primer día, y tarde o temprano llevaremos a cabo la labor emprendida. Porque si la voluntad para el mal es tenaz, nuestra voluntad para el bien es más tenaz aún, y venceremos.

A las obras de Bakunin queremos agregar la historia de su vida, cuatro volúmenes de unas cuatrocientas páginas cada uno, con estos títulos:

La juventud de Miguel Bakunin
Prisiones y viajes de Bakunin
El período internacionalista de Bakunin (dos tomos).

El autor de esa biografía monumental, como se habrá sospechado es Max Nettlau, que aprovechó las investigaciones sobre Bakunin hasta hoy y ha dado a la historiografía social la más notable con-

tribución que se conoce. Esa biografía de Bakunin es un fragmento de la historia social y revolucionaria del siglo XIX en muchos países y el interés que despertará ha de sobrepasar con mucho los límites del movimiento anarquista. Con ese libro y la edición de los diez volúmenes proyectados de las obras de Bakunin no sólo queremos resucitar a ese gran revolucionario para que continúe su obra en el proletariado moderno, que está muy lejos de haber realizado su pensamiento todavía; no sólo queremos poner al alcance de nuestros camaradas un material preciso de autoeducación y de propaganda libertaria, sino que queremos que la anarquía hable a un círculo más amplio de la humanidad. Bakunin es una personalidad que no puede ser silenciada por los adversarios de la libertad, como tampoco puede ser silenciado Marx por amigos y enemigos. Queramos o no, nos es preciso conocer a Marx para mejor resistir el avance del marxismo; quieran o no quieran nuestros enemigos, tendrán que conocer a Bakunin los que quieran poner vallas a la marcha de la anarquía, y ¡cuántos de los que tomen los libros de Bakunin como enemigos terminarán de leerlos con un cambio completo de su mentalidad!

Nosotros emprendemos ese formidable plan editorial con un espíritu de acción como si combatiésemos en una barricada; con la diferencia de que tenemos aún más seguridad en el éxito de esta obra que en el desenlace de la lucha callejera. Una vez publicadas las obras y la biografía de Bakunin, se reconocerá por todos que hemos elevado a la anarquía un monumento positivo que no podrán ignorar ni la juventud estudiosa de todas las clases ni los que siguen con alguna atención el desarrollo de los problemas sociales, dejando ya a un lado, porque es natural, todos los anarquistas, los de un lado y los de otro lado de la barrera.

Lo lamentable es que se nos deje solos en esta tarea, que no se comprenda por todos la magnitud de este esfuerzo ni se prevean los resultados que habrá de tener para el porvenir del anarquismo. Hubiéramos esperado una cooperación mayor de nuestros camaradas para llevar a buen fin estas ediciones; sin embargo no desesperamos de ver aún a todos los anarquistas de habla española darnos la mano y prestarnos su concurso. El monumento a Bakunin que nosotros nos proponemos levantar no es un monumento a un ídolo insuperable, es una labor constructiva para decir nuestra palabra en el movimiento espiritual de nuestro tiempo y para preparar a las generaciones futuras un camino menos espinoso. Somos entusiastas del movimiento obrero, pero no ignoramos lo que puede el movimiento intelectual por encima de todas las clases. Para no quedar ignorados en ese movimiento de los espíritus es para lo que necesitamos terminar un día la edición de las obras de Bakunin y de su biografía monumental.

¿No es bien trágico que ni siquiera se nos combata en el mundo de las ideas? Y no se nos combate, porque se trata de ignorarnos completamente, porque los grandes sabios que hubieran podido mantener vivo el interés de la humanidad por la anarquía, los Reclus, los Kropotkin, etc., han desaparecido y se cree que el anarquismo ha muerto con ellos. Necesitamos reaccionar contra ese silenciamiento y un primer paso lo queremos dar nosotros de la mano de Bakunin y amparados en su nombre.

¡Anarquistas de habla española, ayudadnos!

DIEGO ABAD DE SANTILLAN

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 $

SUPLEMENTO SOLAMENTE, $ 5.00 POR AÑO — PAGO ADELANTADO

EDUARD WECKERLE

La influencia de las máquinas en las condiciones de trabajo

III

El efecto más directo y transcedental del aumento de la producción individual es la mayor invendibilidad de la fuerza de trabajo.

La existencia de una reserva obrera, es decir el hecho que una parte mayor o menor del proletariado de un país esté continua e involuntariamente sin trabajo y que no encuentre ningún comprador de su fuerza, es un fenómeno dado a conocer tan solo al comienzo de la revolución industrial. Hasta entonces la desocupación involuntaria era desconocida, puede decirse. Al contrario: casi en todos los tiempos disputábanse artesanos, manufacturas y gobiernos por los trabajadores. Eso se modificó con la victoria definitiva del vapor. Este no solo sustituyó los brazos que faltaban, sino que ocupó también el puesto de los obreros. Desde entonces, con cortas interrupciones, hubo siempre desocupados. Pero nunca fué su número tan grande y nunca fué la desocupación tan continua como en la postguerra.

No queremos afirmar que la actual desocupación es exclusivamente una consecuencia del aparato de producción extraordinariamente mejorado — principalmente en Estados Unidos y en Inglaterra. Pero también sería erróneo, seguramente, ver la causa solo en la guerra y en sus efectos. Contra tal sofisma no solo debía prevenirnos el discurso ya mencionado del ministro norteamericano Hoover, sino, más apremiantemente, la explicación que el ministro de trabajo inglés, Sir Arthur Steel-Maitland, ha dado en ocasión del gran debate sobre los desocupados en la Cámara de los comunes en la primavera de 1925. Steel-Maitland ha reconocido sin circunloquios que una gran parte de la desocupación dominante en Inglaterra hay que atribuirla al desenvolvimiento técnico extraordinariamente rápido y precipitado durante las últimas décadas. La guerra retiró de la producción cinco o seis millones de personas y la industria inglesa ha sustituído los brazos obreros que faltaban con máquinas. Los métodos de trabajo empleados permitirían por ejemplo producir la misma cantidad de hierro y de acero con el 70 por ciento del personal necesario hace diez años.

Naturalmente, no se puede argumentar: esa máquina, servida por un solo hombre, realiza el trabajo de 30 obreros y deja 29 cesantes. Las cosas no se presentan con esa sencillez, pues la máquina no surge por arte de magia, sino que su construcción exige numerosos brazos. Prácticamente reciben los obreros de un oficio a los que quedan cesantes en otro. Pero solo hasta un cierto grado, pues no existe el estímulo para la implantación de nuevas máquinas más que cuando los gastos que esa modificación reclamaría ofrecen una ventaja frente a los gastos del personal actual. Luego interviene un nuevo reparto de la ganancia de las fuerzas de trabajo ahorradas. Una parte pasa a los constructores de máquinas, otra al personal necesario para servirlas, mientras que una tercera parte sirve como renta del capital colocado en la máquina. La diferencia sobre la suma de esas tres partes, diferentes según las circunstancias, es la ganancia del capitalista. Hasta qué punto puede éste emplear la ganancia para nueva acumulación de capital, eso depende de la coyuntura, de la concurrencia. Pero en los casos más favorables podría tener lugar el abaratamiento del producto de las máquinas solo en la proporción de la diferencia mencionada. Somos llevados así a un importante conocimiento: la suma de los salarios totales del constructor de las máquinas (y de los oficios auxiliares), junto con el salario del maquinista, no debe llegar a la suma de los salarios de los 30 obreros ocupados anteriormente, sino que debe dejar al menos un excedente necesario para la renta y amortización del capital representado por la nueva máquina. Con otras palabras: el capitalista no recurrirá a un perfeccionamiento de los métodos de producción más que cuando la suma total de los gastos de compra y de funcionamiento es considerablemente reducida en comparación con la suma total de los salarios pagados hasta entonces o cuando el valor de la producción es aumentado correspondientemente. Ahí está el secreto del hecho que todo mejoramiento técnico de la producción tenga que ser desfavorable para los obreros.

Ese desequilibrio puede expresarse distintamente. Puede llevar a la suplantación del obrero de oficio, con lo cual la diferencia de salario entre el obrero de oficio y el obrero sin oficio beneficia al patrón, pero puede también, y esta será la regla — tener por consecuencia la suplantación de obreros en general. Eso no quiere decir que deba inmediatamente producirse el fenómeno de la desocupación. El mundo es grande y el círculo de los compradores de una fábrica no corresponde necesariamente al ambiente obrero de la propia empresa y ni siquiera del propio país. La producción puede ampliarse y los obreros teóricamente superfluos pueden ser ocupados en la parte ensanchada de la producción. Pero eso no debe llevarnos a la ilusión que fuerza de producción y fuerza de compra del obrero se desarrollan desigualmente y que divergen en una mayor desproporción en desventaja de la última. Es decir: la parte que puede el obrero comprar de su propia producción, se reduce más y más y la producción no choca con la perturbación de la venta mientras la población de otros países pueda recibir la producción o mejor dicho posea fuerza de compra suficiente.

Hasta la guerra — aunque bajo duras luchas de concurrencia, cuyo desenlace debía ser no en último resultado un objeto de la guerra — se ha conseguido eso. Es decir, los países transatlánticos industrialmente retrasados ofrecían grandes posibilidades de recepción del excedente de la producción de los países industrialmente más avanzados. Pero entre tanto se realiza también en esos territorios, hasta ahora no industriales, un cambio fundamental, pasando más y más a la propia producción fabril. Con eso entran esos países en una época económica completamente nueva. Si hasta ahora no conocieron el capitalismo más que en forma de capital comercial y agrario, éste es relevado ahora por el capital industrial. El capital europeo y norteamericano no aspira ya solo o principalmente a los tesoros que produce una tierra fértil o que mantienen ocultos las montañas en sus repliegues, quiere explotar también la fuerza humana de trabajo en la misma proporción y con la misma intensidad que en su país y comprimir esas masas humanas expropiadas y empobrecidas igualmente en modernas salas de máquinas.

Esa transformación no se realizará de hoy a mañana. Encuentra, como muestra el enorme movimiento de la India, muchas resistencias, que no son tan fuertes en última instancia más que porque arraigan en una vieja religión milenaria. Pero el capital tiene siempre para sus planes un explorador poderoso. Envía de antemano la miseria, y aumenta esta — en determinados casos con ayuda de elevados impuestos — aun en los más parcos hasta que fuerza invenciblemente al trabajo.

La actual desocupación dominante es considerada ya por muchos como un primer reflejo del proceso que se desarrolla en lejanos países.

Sea como quiera: la conexión de la desocupación con la evolución de las fuerzas productivas no hay que perderla de vista. Pero esa causalidad desarrolla en su curso ulterior leyes causales propias. Primeramente influencia, como se ha dicho, la ley de la oferta y de la demanda en el mercado del trabajo y constituye por eso una amenaza constante de las condiciones de trabajo de los que trabajan. Pero influencia directamente también sus condiciones de vida, pues el proletariado es siempre algo íntegro, un todo íntimamente soldado. Es un solo círculo de sangre el que lo atraviesa y todo desocupado pesa, en general directamente, sobre los que trabajan. La desocupación no afecta siempre a las mismas personas. Cuando, como desde hace años en Inglaterra, a cada ocho o diez obreros corresponde un desocupado, eso significa que aun dejando a un lado las interrupciones de la labor, como a consecuencia de conflictos obreros, de enfermedad, etc., por término medio todo obrero es desocupado anualmente de un mes a mes y medio y su ganancia de los otros meses tiene que repartirla en ese período.

Esta es una de las tantas cosas naturales que no se sabe por qué pasan inadvertidas. Por lo menos se ha considerado hasta aquí raramente esa conexión entre salario y desocupación. No se suelen tener en cuenta al hacer los cálculos del salario real, más que las cifras de las tarifas o de los salarios. El reparto que debe hacer el obrero de su ganancia para hacer frente a todas las eventualidades, no existe para la mayoría de los teóricos del salario.

¿Están confirmadas las leyes de la evolución citadas, de parte del capital? ¿Es justo que corresponda al capital la parte del león de ese aumento de la productividad?

Utiles puntos de apoyo para la respuesta a esas preguntas, los ha dado el *National Bureau of Economic Research* en un informe con el título *Income in the United States, its Amount and Distribution*, 1909-1919. El mencionado Bureau está parcialmente bajo la dirección de la American Federation of Labor y ha dedicado alrededor de un año a ese trabajo.

Según los datos de ese informe, las entradas anuales en los Estados Unidos ascendían a 28 mil millones de dólares en 1909 y en 1918 esa suma era de 61 mil millones, habiendo tenido en cuenta la reducida capacidad de compra de 39 mil millones de dólares. En 10 años, pues, la entrada anual de ese país aumentó el 38'5 por ciento, lo que en consideración al aumento de población en el mismo período, significa un enorme acrecentamiento.

¿Cómo participa la población en esa riqueza creada anualmente? Según los datos relativos a 1918 tenían:

aproximadamente un 5 por ciento de la población, una entrada menor de 500 dólares;

un tercio de la población tenía una entrada que oscilaba entre 500 y 1.000 dólares;

un 47 por ciento tenía una entrada entre 1.000 y 2.000 dólares;

un 13 por ciento tenía una entrada entre 2.000 y 5.000 dólares, y el resto de la población más de 5.000 dólares.

85 por ciento de la población tenía, pues, menos de 2.000 dólares de entradas anuales; pero a ese 85 por ciento le correspondía únicamente el 58.73 por ciento de la entrada total; el resto o, 41'27 por ciento de la entrada anual, se repartía en el 15 por ciento de la población, que tenía más de 2.000 dólares de entrada. También en este grupo son muy desiguales las partes, pues entre ese 15 por ciento hay un 2 por ciento de la población que tenía más de 5.000 dólares de entradas y que se apropiaban de una quinta parte de la entrada total anual de los Estados Unidos.

Dos importantes conclusiones resultan de aquí; de 1.000 personas, apenas tienen algo sobrante al fin de año 85. Sólo el 15 por ciento de la población puede "ahorrar" y acumular caudales. Toda la afluencia de riqueza anual, es decir, la parte de la producción que sobrepasa el consumo, es usurpada por un puñado de hombres, aunque estos viven desigualmente mejor, y probablemente realizan mucho menos trabajo útil que el mismo número de los demás. Lo que el estadístico llama eufemísticamente "riqueza popular" o "riqueza nacional", se concentra cada vez más en menos manos. En realidad, en el curso de las últimas décadas, se ha producido un enorme desequilibrio en la distribución de la riqueza popular de los Estados Unidos. Los datos oficiales dan estos resultados:

EN 1890

Grupo	Porcentaje de la población	Término medio de la riqueza	Riqueza total aproximada	Porcentaje
		dólares	dólares	
Millonarios	0,03	3,000,000	12 000,000,000	20
Ricos	8,97	27,000	30 630,000,000	51
	9,00	37,358	42 630,000,000	71
Clase media	39,00	2807	14 400,000,000	24
Pobres	52,00	454	3.000,000,000	5
	100,00	4,725	60.000,000,000	100

EN 1915

Ricos	2,00	42,000	84,000,000,000	60
Clase media	33,00	1,480	49,000,000,000	35
Pobres	65,00	107	7,000,000,000	5
	100,00	1400	140,000,000,000	100

Según ese cuadro, en 1890 el 52 por ciento de la población recibía una vigésima parte de la riqueza total; 25 años más tarde, ha tenido que contentarse con la misma suma el 65 por ciento de la población. Simultáneamente se concentra en la otra parte — el 2 por ciento de la población —, un 60 por ciento de la riqueza total.

Un cuarto de siglo de desenvolvimiento técnico incesante no sólo no ha enriquecido a las masas de la población, sino que, al contrario, el número de los pobres ascendió del 52 por ciento, al 65 por ciento, y al mismo tiempo la parte absoluta que corresponde a cada persona se ha reducido a menos de una cuarta parte.

La comprobación es de tanta importancia que deja en la clase obrera todos los demás hechos en la sombra, y tiene que ser considerada como una demostración elocuente que todos los éxitos del proletariado en el dominio económico, social y político, son en último resultado, insignificantes. Sin embargo, sería falso también pensar que ese empobrecimiento continuamente progresivo de las masas en medio de una riqueza continuamente creciente, se circunscribe al imperio del dólar. El robo ininterrumpido de los bienes anualmente creados, está tan íntimamente ligado al sistema capitalista, como la corteza del árbol. Todo perfeccionamiento del aparato de producción parece que no tuviera otro objeto que perfeccionar ese mismo robo.

AGUSTIN SOUCHY

Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

El pequeño volumen cuya publicación iniciamos hoy, ha sido traducido para el SUPLEMENTO, del idioma sueco en que fué escrito; nosotros nos congratulamos de poder ofrecer a los lectores del castellano un resúmen de la vida y la obra de Gustav Landauer, uno de los cerebros más esclarecidos de la Alemania moderna, asesinado en Baviera por la reacción el 2 de mayo de 1919. Desde hace años abrigábamos el pensamiento de dar a conocer la labor y las ideas de Landauer; sirva, pues, el presente trabajo de introdución; a él procuraremos que sigan fragmentos de la obra vastísima de escritor revolucionario y de propagandista que nos ha dejado en herencia el autor de *Aufrufzum Sozialismus*.

¿Qué importa la vida? Morimos pronto, morimos todos, no vivimos. Nada vive más que lo que hacemos de nosotros, que lo que comenzamos con nosotros; la creación vive; la criatura no, sólo el creador. Nada vive más que el hecho de las manos honradas y la obra del verdadero espíritu.

(Ultimas palabras impresas, de G. Landauer).

Estas últimas palabras impresas por Landauer, nos indican que la vida para Landauer significaba actividad y creación, destrucción y construcción. La criatura creada no vive, no siente lo que significa vivir; únicamente lo siente cuando se transforma en creadora. Estas palabras nos dan un aspecto de la vida de Landauer; el contenido de su vida era el de un creador, su energía vital, energía creadora. Cuando esa energía se agota, entonces se agota la vida misma. El campo de actividad de Landauer no está en el dominio de la violencia brutal que caracteriza al hombre de los tiempos pasados y que constituía el ideal de Homero. Su creación y su acción corresponden a la época en que Hamlet está en el escenario de la poesía. En la tragedia griega, Oreste mata a su madre, pero dos milenios después, Hamlet no puede ya obrar así. Landauer nos enseña él mismo, el mundo en que vive Hamlet y que en la misma medida lo caracteriza. "¡Madre, madre, madre!", grita Hamlet y trata de realizar un hecho en cuerpo y alma por las formas del idioma, pues ese es su elemento. Formar palabras mediante la actividad del espíritu es también el ideal de Landauer. Pero Landauer llega con amargura a la conclusión: "Hamlet está en el límite de dos épocas del mundo y por eso percibe sus vastas perspectivas; describe ya el hombre espiritual del hecho nuevo, el hombre de la libertad que en este mundo es un solitario, un rebelde tenaz y un poeta que debe formular palabras, porque no le está permitido formar la sociedad de los hombres".

Gustav Landauer nació el 7 de abril de 1870 en Karlsrue, en Baden. Su padre era un comerciante judío acomodado. El joven Gustav visitó el Gimnasio de su ciudad natal. En un artículo de *Der Sozialist* en 1913, nos da Landauer una descripción de su período juvenil. En ocasión de la celebración de los veinticinco años de gobierno de Guillermo II, escribió Landauer una sátira apropiada sobre sí mismo, lo que por lo demás no hacía. En ese artículo, dice:

"Qué día de la semana era el 15 de junio de hace 25 años, no lo recuerdo; los periódicos, cuya memoria es mejor, porque no está en la cabeza sino en el papel, lo dirán en los artículos recordatorios de estos días. Pero que no era un domingo, como este año, lo sé; pues yo estaba entonces en el banco escolar, poco antes del bachillerato, cuando entre 11 y 12 comenzaron a sonar a una vez todas las campanas de la ciudad. Yo comprendí pronto lo que significaba y miré al profesor como interrogándole; pero él, en el celo filológico, no comprendió o no quiso comprender, y continuó gesticulando sobre Sófocles o Platón hasta que el criado de la escuela abrió la puerta y nos llamó al aula donde el director participó a los alumnos de todas las clases, con los lugares comunes patrióticos indispensables, que el emperador Federico había muerto.

Por lo demás, pocos meses antes había estado yo en la tribuna de esa grandiosa aula y canté loas al patriotismo, a los diez y siete años. La gran duquesa Luisa había instituído años antes para nuestro Gimnasio un premio: los discípulos de la primera clase, siempre que sus manuscritos fuesen aprobados, podían pronunciar anualmente un discurso sobre tema patriótico y recibían entonces una medalla de plata con el retrato de Fichte; pero el que era premiado, recibía la moneda de oro y además los discursos de Fichte a la nación alemana, que la gran duquesa y sus consejeros no habían leído o comprendido nunca ciertamente. Esa fiesta era llamada acto de Fichte y en signos de Fichte pronuncié un discurso sobre Federico Barbarroja, en el cual recogí en patética comunidad la patria, la unidad del imperio y la revolución con la vieja casa de Suavia, inspirado por los colores oro-rojo-negro y en la mención festiva del más prohibido de todos los poetas en las escuelas, H. Heine. Recibí en tono desdeñoso ante el público congregado, una severa amonestación por parte del director, un compasivo apretón de manos del buen profesor de matemáticas y la medalla de plata bajo toda especie de consideraciones; mi madre la conserva aún; yo no he querido nunca tener conmigo el busto de Fichte acuñado por la Gran duquesa.

Algo antes había tenido un encuentro personal con esa madre de la patria, y como fué la única vez en mi vida que he tenido algo que ver personalmente con una cabeza coronada, quiero relatar hoy en ocasión del jubileo del sobrino, mi encuentro con la tía. Nuestro Gimnasio festejó también entonces un jubileo, o sea su tercer centenario de existencia, y los alumnos de la primera clase interpretamos el Filoctetes de Sófocles en alemán. Yo había ingresado en el establecimiento un par de semanas antes, procedente del Realgimnasio y no tenía ninguna razón ya por esos motivos externos, aparte del aburrimiento que me proporcionaba la escuela, para compartir el júbilo, pues no conocía ningún profesor ni ningún compañero de clase y no estaba ligado a la escuela por nada; pero sin embargo trabajé en la ejecución de la obra de Sófocles como uno de los guías del coro. Después fuimos presentados a los Grandes duque; los discípulos de la primera clase superior a él y los de la primera clase inferior a ella. El modo como los monarcas despachan tales graciosas ceremonias es conocido hoy por el *Feldherrnhügel*; yo lo conocí a los diez y siete años. La Gran duquesa, cuyo acento prusiano me chocó, preguntaba rápidamente a cada

GUSTAV LANDAUER, *ASESINADO COBARDEMENTE POR LA REACCION, EL 2 DE MAYO DE 1919 EN MUNICH*

uno algo y se volvía, mientras se respondía, al próximo. Así por ejemplo, preguntó al que iba delante de mí por el profesor B. que había muerto poco antes, y luego se dirigió a mí: "Y usted disfrutó también de la enseñanza del profesor B.?" Antes de que pudiera declarar por qué no fué posible todo eso, pues yo había pertenecido a otra escuela, me privó el director de la negación: "No, este es un escolar nuevo". La alteza real me miró asombrada y pronunció estas sentenciosas palabras: "¡Oh, y tan grande ya!" Yo me agaché para ocultar la risa, lo que ya no era necesario, pues hablaba con el próximo.

Tales sucesos y todo lo que se relacionaba con la escuela eran sólo episodios en mi vida creciente. La escuela, con los deberes para la casa me privaba de 7 a 8 horas diarias, pero significaba para mí, incluso las excepciones, sólo una alteración de tensión nerviosa y de adormecimiento y un enorme robo en mi tiempo, en mi libertad, en mis sueños y en mi impulso activo dirigido a las propias investigaciones y experimentos. Como por lo demás estaba bastante aislado, los muchachos de mis aventuras procedían todos del teatro, de la música y ante todo de los libros. Por ese tiempo se publicaban las obras de H. Ibsen en la edición barata de Reklam y causaron en mi alma una impresión formidable dirigiendo todo el anhelo romántico de mi corazón a la realidad actual. Las ansias, la pureza, la belleza y el deseo de satisfacerlas habían estado en mi alma y encontraron alimento en Richard Wagner, cuyos dramas musicales respiré con delicia siempre que pude desde los quince años en la Juchhe, como se llama entre nosotros a la fila cuarta del paraíso. Pero cuanto más obraba esa bebida encantada, tanto más me retiré de la contemplación de la desdeñosa realidad. Ibsen fué el que me bajó del sueño de la belleza al placer de la realidad, el que me obligó con fuerza fascinadora a no ignorar los fundamentos reales de la sociedad y su fealdad, sino a apercibirlos y criticarlos y a oponerles el llamado y la lucha del individuo. De socialismo no sabía entonces nada y no tenía sospecha alguna de problemas económicos; lo que me puso en oposición a la sociedad circundante y lo que me irritó no era la pertenencia a una clase o la simpatía social, sino los continuos choques del anhelo romántico con las estrechas barreras filisteas. Así sucedió que fuí anarquista sin saberlo, antes de ser socialista y que soy uno de los pocos que no tomaron el camino de la socialdemocracia. Ibsen recibió pronto compañía con el *Zarathustra* de F. Nietzsche. Algo de eso me afectó en primer lugar tan íntima y fuertemente por el sacudimiento del poeta sobre su vida espiritual; vivía desde hacía tiempo en los filósofos y había leído ya siendo alumno del gimnasio a Schopenhauer y a Spinoza. Entonces vino a mi encuentro uno en el que no se había elevado el pensamiento puro y claro sobre el sentimiento ardiente, sino que el pensamiento y el sentimiento estaban tan asociados, que todo anhelo amoroso y el ardor, parecían dedicados a una amante de la idea. Allí había lírica, riqueza de colorido del idioma, frondosidad en la metáfora del discurso, ritmo de marcha y de danza, consagración y superabundancia, delicia y tortura, — y todo eso en torno a las ideas. Pero además, como en Ibsen, la vuelta a la realidad: había actividad en esa contienda espiritual, y debía ser creada y formada y aniquilada y derribada.

De esa historia de mi juventud, donde no quiero penetrar en la parte fundamental, en mi propia naturaleza sobre la base de la herencia, del temperamento y de la vida personal en el hogar y con los amigos, sino sólo citar algunas influencias decisivas de afuera, se deduce que mi situación con respecto a los veinticinco años de historia contemporánea que han transcurrido, está raramente mezclada de presencia y de no participación. He sido nutrido desde muy temprano por el asco contra el todo, como para que pudiera abrigar indignación u odio contra el individuo. Por artista se entiende en nuestro tiempo un hombre que tiene ojos en que viven cuadros y ritmos del propio orden universal, que expresa ese mundo interior en figuras y crea por su fantasía y su energía creadora un nuevo mundo propio y ejemplar; un hombre que entonces recoje sus productos, nacidos de su interior, como Palas Atenea de la cabeza de Júpiter, lo mismo que un mercader italiano de figuras de yeso, y regresa con ellos resueltamente al otro mundo, el de la realidad común y regateando, chalaneando y extorsionando, haciendo reclame y calculando y acechando habilmente toda ocasión vende las figuras de su ensueño y del sagrado anhelo a los mismos hombres a quienes su existencia creadora les parece a lo sumo de duendes o de caricaturas. Mi mezcla de presencia y de no participación es diversa a la del artista de nuestro tiempo: por mi parte quisiera ayudar a crear de la sustancia de la realidad misma un cuadro; a producir una sociedad y una obra en que el arte fuera más la expresión de la comunidad y la transfiguración y transformación fantástica de la realidad que el anhelo del abandono...

Guillermo II me tiene sin cuidado, y si intento presentarlo en los últimos veinticinco años del pueblo alemán, apenas percibo algo más que él ha sido el padre de la concepción del Simplicissimus del pueblo alemán. La de un espíritu de la resignación alegre sobre su irritación pasiva; el espíritu de los puños crispados en el bolsillo; el espíritu que ha hecho del pueblo alemán un público curioso de teatro que contempla impotente la comedia del *Deutches Reich*. Un espíritu que tiene poco que ver con el precioso lema de Simplicissimus: "Me quiso agradar así, para decir la verdad risueñamente", porque la risa de nuestro tiempo es extraña a toda productividad y a toda pureza. Por eso el punto culminante de este gobierno de veinticinco años fué noviembre de 1908, en que durante dos días han oficiado en el Reichstag de tribunal contra Guillermo II los diputados de todos los partidos, en que todos los partidos reconocían unánimes que el emperador había perjudicado seriamente a Alemania y en que fueron pronunciadas por los representantes de una mayoría palabras de extrema irritación, de burla y de alusiones apenas encubiertas y fué excitada la tempestuosa hilaridad en toda la casa mediante ciertas aseveraciones, hasta que finalmente el canciller se dirigió a Postdam y trajo consigo una especie de promesa. Fué un debut, fué una pequeñez, pero fué algo. Seríamos un poco menos público y cortejo y algo más pueblo si en estos días nos diésemos cuenta de que para cada cual sólo puede haber un monarca único: el propio hombre en su interior".

Landauer rindió su bachillerato y se dirigió a Zurich, donde estudió filosofía, historia mundial, historia de la literatura y del arte. En Zurich entró en contacto con socialistas radicales, y pronto fué uno de los más ardorosos, de los más dotados y de los más entusiastas adeptos del anarquismo y del socialismo. Mantuvo en alto la bandera de esas concepciones durante treinta años, hasta que, como abanderado de la causa del proletariado y de la humanidad, se convirtió en víctima de sus concepciones. En ese periodo temprano comenzó su actividad literaria. Se inició con una novela: *El Predicador de la muerte*, en la que defendió ya a los 21 años las doctrinas libertarias. Aunque se puede descubrir en ella algo del pesimismo de Schopenhauer, sin embargo en esa novela lucha el pesimismo con el optimismo socialista, como se ve por el siguiente discurso antiparlamentario y antipolítico:

"¿Qué nos importan las elecciones? ¿Debemos creer en los malos pastores del pueblo que especulan con nuestra tontería y la agitación de estos tiempos, debemos creer que nuestro bienestar depende de las papeletas que arrojamos a las urnas, de los diputados que enviamos a Berlín? ¿Debemos creer que los obreros necesitamos un representante para conseguir lo que queremos? No, digo, ese punto de vista es falso, debemos ayudarnos a nosotros mismos.

Es falsa la opinión de que el sufragio general igual y directo, que se nos ha dado hace unas décadas, sea una concesión del gobierno a la llamada soberanía del pueblo. Al contrario, fué un medio hábil para domesticar el movimiento revolucionario de esos espíritus libres por medio de todas las artes de la mentira y de la seducción, con la ayuda de las masas inconscientes, y mediante la participación aparente en el poder político para atraer los demagogos ambiciosos, que ofician de representantes del pueblo y convertirlos en meros ayudantes parlamentarios del gobierno.

(*Continuará*)

At—

Arte Moderno Italiano

Alberto Salietti

Antes de emitir opinión y juicio alguno acerca de la ya copiosa obra, no del todo desprovista de valores que la individualizan, — de este pintor italiano, daremos breves indicaciones biográficas. Son ellas necesarias si deseamos tomar buena noticia del hecho que, en muy temprana edad ha sido anunciado por los timbales, los bombos, las trompetas y otros instrumentos de la crítica contemporánea ,como una promesa radiosa y mitad realizada y cumplida entre los jóvenes de la novísima generación.

Alberto Salietti nació en Rávena en

ALBERTO SALIETTI — "Liguria"

1892. Contaría apenas doce años cuando llegó a Milán para aprender durante un tiempo más o menos largo, el oficio paterno de decorador mural, dedicándose después de lleno a la pintura. Siguió los cursos de la Academia de Brera, terminándolos en 1914. Soldado por todo el período de la guerra, le sirvió esa pausa para carenarse interiormente de perniciosos sedimentos depositados por la artificiosidad de la enseñanza oficial. Reanudó su labor en 1918, ilustrando libros y revistas, sin dejar de concurrir a las exposiciones efectuadas en las principales ciudades, donde fué distinguido y alentado por la crítica. En 1921 obtuvo el premio Fumagalli en los concursos de figura, en Brera. Participó en las grandes muestras colectivas, como en las de 1920 de Roma y Venecia.

Después de 1923, la exhibición de un grupo importante de sus obras en la XIV muestra de *Ca Pesaro*, en Venecia, hubo de ser muy apreciada. No son pocos los lienzos que figuran en buenas colecciones particulares de afamados aficionados.

He ahí la faz exterior de un artista, *el pié de la letra* de una existencia que hizo sus votos cenobíticos por la pintura. Decimos cenobíticos dado el indudable aliento voluntarioso — esencia de vocación — que respira y rezuma la cifra total de sus obras. Cualesquiera sean las desviaciones y los tanteos en la oscuridad de un camino aun no entrevisto, ello debe poseernos de respeto. Son los yerros inevitables de los descontentos, de los sinceros, de los no conformistas con el chirriar de los goznes herrumbrosos de brazos que se agitan en la rutina de pintar sin conciencia e inconscientemente.

Alberto Salietti, a los 34 años se halla en el ápice de su fecundidad y en plena producción. Los veintiseis grabados de sus cuadros, y uno litografiado en colores, ilustrando las páginas de un breve volumen, nos proporcionan un índice y una guía para seguirle en la parábola de su evolución, que abarca el escaso período de cuatro años: desde 1920 hasta 1924. Se supone que para presentar al público una colección, sintetizadora de un conjunto, se escogió las obras más representativas de sus sucesivas maneras. Su producción en su acervo común ha de ser mayor. Es, pues, una laboriosidad que si no pasma, no se da con mucha frecuencia.

El artículo de intención monográfica, más literario y subjetivizante que analítico, firmado por Hugo Nebbia, puesto como introducción para informar al veedor, más que al lector, no ofrece suficientes asideros para representarnos la imagen plástica, viva del arte de Salietti. Pero aun cuando deberemos recurrir en su demanda para alguna cita o testimonio, no será para adoptarlo como elemento de juicio, sino en afirmación de nuestra tesis sobre la tendencia neo-clasicista que se halla en toda su vigencia en Italia. Retrocedamos unos pasos.

En particular, la zona pictórica del ambiente artístico italiano hace una quincena de años, fué sacudida brusca y brutalmente por el ruido ensordecedor de las fanfarrias y charangas futuristas, que, además de la revista "Lacerba", realizaban exposiciones espectaculares y manifestaciones callejeras. Querían quebrar su sueño hipnótico sobre el pasado glorioso de sus grandes maestros, y despertar a los artistas ante la baraunda cotidiana del vivir moderno. Y ellos, interiormente, se encontraba ante un caótico desorden, instaurado en los dominios plásticos por teorizadores furibundos. Lo paradojal, las sofisticaciones humorísticas, los fumismos y el *manfichismo*, o sea el *qué me importa* irreverente, fueron la regla normal. Esta furiosa y aniquiladora reacción contra el devastador academismo reinante y contra los pintores y escultores tradicionalmente ñoños — los Ettore Tito, Tito Scatola, los Trentacoste y etc. — produjo efectos fecundantes y bienhechores.

Transcurrida esa época purgativa, oreados los espíritus por ideas y sentimientos serenos, y hasta aquellos que más invectivaron contra los tesoros de la antigua pintura italiana, volvieron hacia ella, o hacia sus maestros predilectos, en demanda de un orden, una disciplina, un método.

Lo confirma Nebbia cuando dice: *Hoy, frente al renovado fenómeno de una pintura que no se quisiera derivase de un estéril tecnicismo, prueba de concepto y de inspiración, prudente y substanciosa, materializada en una forma, firmemente retraída sobre la misma huella de la tradición, nosotros los que hace unos pocos años hubiésemos podido sonreir juzgando deprimente tan inesperada cordura frente a ciertas arbitrariedades como las únicas que respondían al espíritu de nuestros tiempos, sentiremos siempre motivo de serenarnos*, y etc.

Es lo cierto y la verdad. El temperamento fogosamente realista, excesivamente verista de los italianos, tuvo que retornar otra vez a su natural y tradicional cauce, después de haber divagado por todas las borracheras metafísicas y teorizadoras. Era demasiado fuerte para su cabeza, para sus cerebros latinos de neurosis aguda, desdeñadores de abstrusas sutilezas y de abstracciones plásticas. Y mientras en Alemania se continuó perpetrando en todo su vigor el *expresionismo;* y en Francia el cubismo lograba crear casi un estado de alma colectivo, en Italia los menos se quedaron en lo abstracto superficial — post-futurista y neo-cubista — y los más se convirtieron resueltamente al clasicismo, al neo-tradicionalismo.

Volvían, eso sí, al pretérito secularmente prestigioso, con una visión más límpida, más intensamente comprensiva que la de sus próximos antepasados, quienes se llenaban la boca de nombres de maestros universalmente conocidos para ignorar absoluta y supinamente la *plusvalía*, — valga el término, —, de sus obras inmortales. La reacción, o sea la marea montante se retiraba, no a su sitio, sino un poco más allá... Se habló de imponer una estricta disciplina, se discurrió de renunciamientos, y no se pensó más en incendiar bibliotecas y museos. Al contrario, se les visitó con más frecuencia aún. La pintura se hizo erudita, se buscó la sabiduría de las técnicas simples; de las estructuras sólidas y fuertes, adorándose el truculento carácter de un ingenuismo ficticio, filtrado por la retoría de entelequias civilizadas hasta la médula de los huesos.

La moda puesta en vigencia, suponemos por una minoría de talentos no comunes, empezó y sigue cometiendo nuevos estragos, aunque generalmente imprimiera la pauta de una pintura de sobria austeridad.

En Francia, en los actuales momentos, superada la teoría y la práctica pictórica cubista, el ingrismo o rafaelismo afrancesado, estuvo y se está expandiendo con aterradora tiranía, en tanto que en Italia, incurriendo en idénticos excesos, sus artistas llegan a ser más clásicos que los antiguos clásicos... Consciente o inconscientemente exageran sus caracteres y cualidades; y es así como si dijéramos que se hallan por debajo del clasicismo de toda época y tiempo, corriendo el mortal riesgo de involucionar a lo cangrejo, hacia la frigidez académica.

Basta hojear la colección reunida de sus cuadros, y donde priman tan diversas y dispares maneras, para percatarnos que es uno de los casos más ilustrativos de la regla general. Todavía no pudo amalgamar, homogeneizar todas las contradictorias influencias que su temperamento asimiló a medias. Pugnan tenazmente sus pujos de teorizante, sus dotes de verista y su erudición de museo, todo ello muy fresco, sin rumiar y sin digerir.

Sin quererlo su prologuista, Nebbia, lo confirma al escribir: "Te se podría definir como un instintivo. Pero esta sería una afirmación tan arbitraria como

ALBERTO SALIETTI — "Campesina"

cándida; por más que tu naturaleza sea franca y sincera y la menos contrahecha por la escuela y el ambiente (fuerte retoño de Romaña, que transcurriste la mayor parte de tu vida en Milán) es siempre evidente cómo aun cargas el gravoso y peligroso peso de las muchas cosas vistas y sentidas en este complicado período, en el cual se intenta rumiar lo del pasado y del presente, para extraer de ellos algún jugo vital."

No nos hacía falta esta confesión inesperada. Examinando ligeramente sus composiciones, inspiradas en tendencias plásticas y espirituales tan diferentes y tan opuestas se desprende en seguida la carencia de una orientación definida. Es una personalidad en formación, que probablemente ensaya su sensibilidad en el cambio radical de métodos y de escuelas. ¿Qué pensar si nos encontramos repentinamente con un retrato de una joven mujer sentada (de la A. Zotti) de fuerte acento realista, ejecutado en 1922 y al retroceder al año 1920 vemos un "Paesaggio e Figure", estilizado con dureza y con un fondo de campiña, interpretada con una ingenua síntesis de primitivo? Pasemos al año 1923. Hay un interior hermoso por la severidad con que está compuesto; una escena doméstica de pintura holandesa, también con su carácter ingenuo y primitivista; y el mismo año, en la tela "Le due Sorelle" hace una escapada a la realidad, se olvida de los museos y produce una composición de un verismo ennoblecido.

No insistiremos. Son escasos los que poseen esa fuerza de orientación que sólo la da una doctrina, no compuesta de teorías fragmentarias, sino hecha espíritu, elemento invisible. Ingres decía de Poussin *que no hubiese sido tan grande si no poseer una doctrina*. Pero mientras no sea ésta producto de nuestra experiencia, de nuestras meditaciones, de lo que libamos en diferentes cálices y lo hacemos nuestro por el sentir, por la voluntad y la penetración, no será más que una alcaicia espuria, en el estado de larvaciones teóricas indigeridas.

Y estas oscilaciones de Salietti entre diferentes modos de sentir, de ver y de realizar, no obedecen tanto a una inquietud anímica como a preocupaciones de índole secundaria y material: preocupaciones más de artesano que de artista. Esa reunión de ideas, conocimientos y hasta facultades heteróclitas que se cohiben y van en detrimento de una y otra cuando se trata de desarrollarlas a fondo, le impiden para crear composiciones que sean organismos vivientes. Es, pues, más clásico que los clásicos auténticos, porque toma de ellos lo que es meramente aspecto. En cambio, al abandonarse a su cualidad primigenia, que creemos es su veta realista, nos resulta un talentoso pintor capaz de obras singulares.

Por otra parte, su juventud no merece esta hosca severidad. Es porque encarna un síntoma general de la pintura italiana que adoptamos esa actitud exigente.

Ya sus obras de 1924 anuncian que está por hallar su orientación donde fundirá sus dones naturales, y los externos, que no son dones, y si adiestramiento maleable, apto a vestir la mentira o la verdad. La compañía de su hermano mayor Tosi, el paisajista, ha de conducirlo al hallazgo milagroso de sí mismo. Lo denotan los últimos paisajes de 1924.

***

KURT G. WILCKENS

El culto vivo a los héroes es lo que más enaltece la naturaleza humana. Es la capacidad noble de arrebatarnos en entusiasmo, en regocijo íntimo por los hechos, por las acciones altamente morales o por una vida ejemplarmente bella por su virilidad creadora. Es también deseo de identificarse con los altos ejemplares de nuestra especie. Es un anhelo instintivo de perfección, nuestro retrato proyectado hacia un porvenir que creemos que nos hará mejores. Un hombre quizás valga moralmente por su capacidad admirativa, por la calidad de ella y del fin al cual se adhiera. Somos grandes en lo que nos entregamos y no cuando nos damos avaramente.

Pero al tornarse ese culto vivo en algo inanimado, en algo muerto, en ciega deificación, este yerto sentimiento no es más que la grotesca contrafigura de esa noble y fecunda facultad. Toda deificación esclaviza de hecho al que la practica, la alimenta. Los dioses han muerto para siempre. Estamos solos, bien solos. Lo estuvimos siempre, pese a todas las religiones habidas y por haber, y solamente a fuerza del heroísmo de los mejores hemos subsistido y venimos venciendo por siglos y siglos la sañuda, la dura, hostil y siempre enemiga realidad material de este planeta, convulsión vibrante del universo. La humanidad, de sus entrañas no pudo parir más que héroes. Son las castas dominantes de ella las que los transformaron en dioses.

Los anarquistas, a diferencia de todos aquellos que existieron como sectas, clanes religiosos, falansterios místicos o partidos sociales y políticos, jamás elevaron sus sentimientos, aun cuando fueran muy cálidos, a la obcecación del endiosamiento de un ente, de un fetiche, ni de los héroes, que no fueron raros en sus filas. Ni autoridad terrena ni mítica. No son principios teóricos que nos inculcan esta con-

ducta, y si nuestra conciencia de hombres libres. Es que queremos sustentar admiraciones, cultos que no nos depriman y que, en cambio, nos fortalezcan, nos hagan cada vez más virilmente bellos.

Y si hoy recordamos a Kurt Wilckens, el de la naturaleza apostólica, el que se entregó como nosotros debiéramos entregarnos cada día, es por todos esos motivos, para fortificarnos, emulándolo en el ejemplo de bondad y pureza.

Si la tabla de valores morales no estuviese subvertida en esta sociedad hipócrita-cristiana, el verdadero héroe sería el que todo lo da, incluso ese bien preciso que nos es a todos: la propia existencia. Pero cuando esta entrega obedece a móviles superiores y desinteresados, la calidad del heroísmo sube en quilates.

Y eso es Wilckens, una de las figuras más puras del anarquismo y, en el porvenir, de la humanidad. Ni al verdugo que ultimara odiaba.

Y los que recuerdan al asesino galoneado, jamás podrán invocar las mismas razones para elevarle al rango de los héroes nacionales, la del desinterés.

***

La gran cuestión: ¡Comprender!

La guerra ha logrado torturar a los pueblos: los ha sobrecargado con tal cúmulo de sufrimientos que parecería imposible que los pudiesen soportar.

Tal vez hoy tengamos nosotros el derecho de preguntarnos si ha sido o no sufrido en vano este martirio, y de querer que, al menos, tan prodigiosa experiencia de dolor sirva para algo.

Y yo mismo me planteo el problema.

Pienso que los hombres han soportado un sufrimiento que les era impuesto, en toda su extensión, en toda su fuerza. Pero no lo han comprendido.

Han sufrido su peso aplastador, más o menos lo han apreciado como "un todo", esto es, en su verdadero aspecto. No se han dado cuenta de su causa, que era más importante que el mismo sufrimiento. No han sabido deducir la solución. No han aprendido nada.

Por esta razón perdura la fuente de su mal; la amenaza que encierra persiste y crece sin cesar.

Si los hombres hubieran "comprendido", sabrían que la universal carnicería no ha sido un accidente, sino la consecuencia lógica de las actuales condiciones de vida. Es una visión equivocada la de ver en la guerra la manifestación de una humanidad cuyos instintos primitivos han sido desencadenados, y que no ha logrado aún vencer a la bestia que hay en el hombre. No conviene ya buscar el mal en la naturaleza esencial del hombre, sino en su ceguera.

Las divisiones sociales, al subyugar a numerosas agrupaciones para asegurar el bienestar de algunos pocos, son responsables del órden inicuo que condena a muerte a las democracias. Este orden mantiene tan sólo su poder, merced a la ignorancia de las masas. Ellas no advierten la verdad y su indiferencia las obliga a trabajar, bien a pesar suyo, en favor de su propia destrucción.

El sostén de tal orden, hasta el agotamiento completo de la humanidad, sería indudable si algunos hombres no hubieran padecido profundamente durante largo tiempo como para inferir consecuencias, para relacionar causas, para ir ahondando hasta llegar al fondo de todo dolor; en una palabra, para "comprender".

Comprender es cosa grave, importante, difícil. Algunos mortales se han visto iluminados por la gracia de la verdad, y emplean entonces sus fuerzas, su capacidad, su vida en enseñar a los otros que el infortunio actual del mundo, no es el resultado de la guerra, sino culpa de la presente organización de la sociedad.

De hoy en más, la salud de los pueblos reside en la claridad de su visión.

Los hombres que "saben" y que comprenden, deben ser escuchados.

La obra que realizan no es de violencia; es una obra de sabiduría y de serenidad. Sus palabras no encarnan solamente la verdad; encierran la única razón que tenemos para creer en una Paz futura.

¡El despertar de la conciencia humana! He aquí el fin luminoso que ansían. Es la más apremiante y, asimismo, la más gloriosa de todas las tareas. No hay otra, so pena de desesperar del porvenir del linaje humano.

ANATOLE FRANCE —(1920)

ELISEO RECLUS

ANARQUIA

(*Conclusión*)

Está en la naturaleza de las cosas el que no pueden ser evitados. Aunque los hechos de violencia provocados por el espíritu del odio son testimonios de un desenvolvimiento moralmente atrasado, esos actos se vuelven cada vez más ineludibles y naturales cuando las relaciones de hombre a hombre son de perfecta igualdad. La forma primitiva de la justicia, como la han comprendido los pueblos primitivos, era la de la venganza y millares de tribus salvajes siguen aún ese sistema. Nada pareció más justo que nivelar una injusticia por una injusticia igual ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¡Si ha sido derramada la sangre de un hombre, tiene que morir otro! ¡Esa era la forma bárbara de la justicia! En nuestras sociedades civilizadas está prohibido al individuo tomarse justicia con las propias manos. Los gobiernos, en su calidad de comisionados de la sociedad, tienen la función de realizar la justicia en nombre de la comunidad, una especie de venganza algo más instruida que la de los salvajes. En esas condiciones el individuo renuncia a la venganza personal; pero cuando es engañado por los representantes a quienes confía la realización de sus derechos, cuando observa que sus agentes traicionan su causa y se alían con sus opresores; que la justicia oficial empeora la injusticia que padece; en una palabra, cuando se agravió clases enteras y capas de población y éstas no tienen esperanza de encontrar en la sociedad a que pertenecen, alguien que paralice los abusos, ¿no es bien probable que tarde o temprano se tomarán de nuevo el derecho natural de la venganza y la ejercerán despiadadamente? ¿No es eso en realidad una disposición de la naturaleza, una consecuencia de la ley física del golpe y del contragolpe? No sería filosófico ser sorprendidos por ese hecho. A la opresión se ha respondido siempre con la violencia.

Sin embargo, si es verdad que las grandes transformaciones son acompañadas siempre de obscuras explosiones de odio personal, los que aman la especie humana no apelan a esos malos instintos cuando quieren provocar las fuerzas activas del entusiasmo, de la abnegación y de la nobleza. Si las transformaciones no tuvieran otro resultado que castigar a los opresores, que hacerles por nuestra parte sufrir, que vengar maldad con maldad, entonces el cambio no sería más que aparente. ¿Qué importa al que ama verdaderamente a la humanidad y desea la dicha de todos que el esclavo se convierta en amo, que el amo sea condenado a la esclavitud, que cambie el látigo de manos y el dinero pase de un bolsillo a otro?

Nosotros no consagramos al aniquilamientos a los ricos y a los poderosos, sino a las instituciones que han posibilitado y favorecido el nacimiento y el crecimiento de esas malas criaturas. Nuestra misión es modificar las condiciones y debemos ahorrar toda nuestra energía para esa obra; derrocharla en venganza personal sería el más puro infantilismo. "La venganza es el placer de los dioses", decían los antiguos; pero no es placer de mortales que se aprecian, pues saben que ser los propios vengadores no significa otra cosa que rebajarse al grado de sus antiguos agresores. Si queremos elevarnos a un grado superior al de nuestros adversarios, debemos hacer que, después de haberlos vencido, bendigan su derrota. El axioma revolucionario: "Por nuestra libertad y por la vuestra", no debe ser una frase vacía.

Los hombres han tenido eso en todos los tiempos en el sentimiento; y después de todo triunfo temporal, la nobleza de la victoria extingue las amenazas del pasado. Es un hecho confirmado siempre que en todo los movimientos populares que surgen en torno a una idea, la esperanza en un tiempo mejor y ante todo el sentimiento de una nueva dignidad, llena el alma de elevados y generosos sentimientos. En cuanto la policía, la política y la burguesa, suspende su actividad y las masas dominan la calle, el ambiente moral se vuelve distinto, cada cual se siente responsable del bien y de la satisfacción de todos. Casi no se vuelve a ver el importunamiento por individuos; incluso los delincuentes profesionales suspenden su sombrío oficio, pues también ellos sienten que hay algo grandioso en la atmósfera. ¡Ah, si los revolucionarios, en lugar de obedecer una idea indefinida, como pasó siempre, hubieran concebido un objetivo determinado, un plan bien reflexionado para la instauración de la sociedad, si hubiesen querido firmemente la realización de un nuevo orden de cosas en que estuviera garantizado a cada ciudadano pan, trabajo, instrucción y el libre desenvolvimiento de su ser, no habría habido peligro al abrir de par en par las puertas de las prisiones y decir a los desdichados que habían encerrado: "Andad, hermanos, y no peguéis más".

Deberíamos dirigirnos siempre a la parte más noble del hombre, si queremos realizar grandes hechos. Un mariscal que lucha por una mala causa, estimula siempre a sus soldados prometiéndoles botín; un hombre benévolo, que aspira a un noble fin, alienta a sus compañeros por el ejemplo de su propia abnegación y de sus espíritu de sacrificio. Para él es bastante la fé en sus ideas. Como dice el refrán: la voluntad de los hombres es su reino celestial. ¡Qué importa que sea tratado de loco! Aunque su empresa no fuese más que un sueño, no conoce nada más hermoso y encantador que la exigencia de obrar y hacer el bien; en comparación con eso las realidades vulgares son para él sombras, espectros que sólo tienen una vida efímera.

Pero nuestro ideal no es un sueño. La opinión pública lo sabe muy bien; pues ningún problema le preocupa más urgentemente que el de la transformación de la sociedad. Los acontecimientos vierten previamente sus sombras. ¿Hay entre los hombres que piensan uno sólo que no sería de un modo o de otro un socialista, es decir, que no tendría su plan para las modificaciones en las condiciones sociales? Incluso el orador que pone en tela de juicio, ruidosamente, la existencia de un problema social, comprueba lo contrario de lo que dice con mil proposiciones. Y los que quisieran volvernos a la edad media, ¿no son socialistas también? Sostienen que habrían encontrado en el pasado, que no debe reedificarse de nuevo según las ideas modernas, las condiciones de la justicia social que establecería para siempre la fraternidad de los hombres. Todos están a la espera del nacimiento de un nuevo orden de cosas; todos se preguntan, unos con enojo, otros con esperanza, lo que nos traerá el día próximo. No vendrá con las manos vacías. El siglo, que ha sido testimonia de tantos descubrimientos en el mundo de la ciencia, no puede terminar sin traernos mayores conquistas aún. Instalaciones técnicas, que por un solo impulso eléctrico hacen palpitar en las cinco partes del mundo el pensamiento, han pasado con mucho nuestra moral social que es en muchos conceptos el producto de la hostilidad mutua de los intereses. El eje ha sido desencajado; el mundo tiene que ser conmovido para volver al equilibrio. En el espíritu la revolución está lista; es ya pensamiento, es ya voluntad: sólo falta que sea realizada, y esa no es la parte más difícil de la obra. Los gobiernos de Europa habrán alcanzado pronto los límites de la posibilidad de expansión de su poder y estarán frente a frente de sus poblaciones crecientes. La energía superflua que se derrocha en lejanas guerras, encontrará luego que hacer en casa — los pastores de los pueblos en su locura intentan, como han hecho antes a menudo, agotar sus energías, conduciendo europeos contra europeos. Esto es verdad, por esa vía pueden obstaculizar la solución del problema social; pero tras cada postergación reaparecerá más terrible que antes.

Que los economistas y los hombres de Estado inventen constituciones políticas o sistemas de salario en que el obrero pueda ser amigo de su amo, súbdito del hermano, del potentado, nosotros, "terribles anarquistas" que somos, solo conocemos un camino para establecer la paz y la amistad entre los hombres: la opresión del privilegio y el reconocimiento del derecho. Nuestro ideal es, como se ha dicho, que la igualdad fraternal a que todos aspiran, pero como a un sueño, adquiera figura en nosotros y se convierta en realidad concreta. La vida no nos agrada si la alegría de la vida debiera ser sólo para nosotros; protestamos contra nuestra dicha si no la podemos compartir entre hermanos; para nosotros es preferible peregrinar con los desheredados y los reprobados que sentarnos a los festines de los ricos coronados de rosas. Estamos hartos de estas desigualdades que hacen enemigos unos de otros; queremos poner un fin a ese furor que impulsa siempre a los hombres a choques hostiles y que sólo nace de la sumisión de los débiles por los fuertes en forma de esclavitud, de dependencia y de servidumbre. Después de tanto odio necesitamos amarnos, y por esa razón somos enemigos de la propiedad privada y despreciadores de las leyes.

H. MAX P.

PITÁGORAS

SU DOCTRINA FILOSOFICA

La vida de Pitágoras está envuelta en una leyenda misteriosa. Aparece como el sabio más profundo y el fundador de secretos ocultos. Pero como todo eso es independiente del objeto que perseguimos, nos concretaremos a dar una idea general de su doctrina filosófica.

Pitágoras, con la creación de su doctrina filosófica sin precedentes, ni aun en la fecundidad de los sistemas filosóficos de la India misteriosa, es el punto de partida del misticismo en la filosofía.

El Pitagorismo, al revés de todo sistema, no es hasta ahora susceptible de modificaciones y variaciones más o menos fecundas; vive dentro de los lineamientos precisos señalados por el genio insuperable del filósofo griego, por mas que en su concepción no se quiera vislumbrar que el número es la esencia de las cosas, y por más que algunos pensadores hayan querido encontrar una similitud marcada con algunas corrientes filosóficas orientales, como la Cábala hebraica, en que el número no es sino un símbolo desprovisto de esencia propia o interna. Unicamente existen en ambas doctrinas ciertas analogías de vocablos, pero no de significado esencial.

El concepto tradicional de la filosofía pitagórica es que la idea del número lleva implícitamente el concepto de armonía, así como también las ideas de Unidad y Absoluto, lo que implicaría fundir la doctrina en una mecánica de lo estable, carácter que está lejos de tener el pitagorismo. El fondo va más allá del número y de la armonía, que son solamente la expresión inefable de un solo ritmo. Y ritmo es un movimiento uniforme, sujeto a un isocronismo indefinido.

La ciencia moderna en su afán de intensificación, ha dado la clave de la doctrina pitagórica, principalmente la Física. Un estudio detenido nos hace entrever que el sabio helénico en el curso de sus contemplaciones profundamente estéticas, había hallado una relación numérica constante en la escala musical, y las notas, muchísimos siglos antes de que se formularan las leyes relativas a las vibraciones musicales y luminosas.

Pitágoras buscaba la explicación de la naturaleza por medio de la relación estrecha que encontró entre ella y el hombre. Construyó su filosofía con sus intuiciones estéticas de música y de belleza, que hiciera suya, en parte, Platón, para crear su filosofía altamente idealista.

El genio crítico de Aristóteles realizó serias investigaciones sobre el pitagorismo y nos refiere que los cultivadores de dicha escuela se dedicaron principalmente a las matemáticas y las hicieron realizar grandes progresos; pero que, educados exclusivamente en estos estudios, imaginaron que los principios de las matemáticas son también los principios de todos los seres. En seguida los pitagóricos establecieron la afinidad del número con las relaciones de la escala y de las notas musicales, y llegaron a afirmar que los elementos de los números son también elementos de las cosas. De esta manera en su concepción cosmológica, decían que el número diez era el representativo de lo universal, de los astros, y como no hubiese sino nueve visibles, inventaron la Antitierra para completar la década perfecta.

"Parece, dice Vasconcellos, que los pitagóricos, adoptando el número por principio, lo han considerado como la esencia de las cosas y la causa de sus modificaciones y cualidades. Ahora bien, los elementos del número son lo par y lo impar, siendo lo primero ilimitado y lo segundo limitado o justo. La unidad es impar, de igual manera que es ella la que da nacimiento a la serie entera, según los pitagóricos. Entre estos filósofos hay también otros que reconocen diez principios arreglados y contenidos en diez series principales."

La doctrina de Pitágoras tiene, posiblemente, un doble carácter, y de allí que sus discípulos como Filolao, en los fragmentos de Las Bacantes que nos ha legado, emplee un lenguaje simbólico.

Profundizando la verdadera interpretación que debe darse al concepto de número, todos los autores están de acuerdo en afirmar que eran tres los aspectos de esta concepción: el aritmético o cuantitativo, el analítico o esencial y el geométrico o formal.

Según el aspecto aritmético, parece que la forma primitiva del pitagorismo fué suponer que todos los fenómenos se desenvolvían en serie igual que el de los números, que son nómadas homogéneas; conforme a esta base los números constituyen la esencia y la ley del desarrollo de todo lo que existe, aunque no se halle definida la distinción entre forma y materia, siendo el atributo principal de ésta el ritmo uniforme de dinamismo.

Conforme al aspecto analítico de número, las cosas se encuentran entre dos principios contrarios: el limitado que permite que los objetos tengan determinación y sean susceptibles de ser conocidos por el hombre, que tengan comienzo y fin; y el ilimitado con un fondo indicado en su propio nombre e incognoscible para el hombre. Además, consideraba el pitagorismo, que el elemento esencial de las cosas es el punto; de este modo consideraba el cuerpo sólido como conjunto, simbólicamente, de tres puntos o principios, la superficie de dos, etc. (1) *Y el principio productivo, para ellos, es la armonía, que da unidad a lo múltiple y que une los elementos contrarios, o sea la armonía de lo par y de lo impar, simbolizada en el número.*

Y, por último, según el aspecto geométrico o formal, que convierte la doctrina de número en una teoría perfectamente lógica, aunque pierda todo su contenido espiritual, la unidad mónada que es el elemento más simple y anterior a todo otro es también el del punto; el punto engendra la línea, y ésta a la superficie, y las superficies forman los cuerpos sólidos. En definitiva, las unidades son números y éstos deben ser el principio de todo lo universal y de todo lo que existe.

Es fácil vislumbrar que aquí aparece una tentativa de convertir en racionalista una doctrina esencialmente mítica, sólo comprensible, "abriendo el alma al rumor invisible".

Para desterrar toda inversión de los términos fundamentales de la doctrina pitagórica, lo esencial es notar que los números no eran considerados como cosas sino, al contrario, las cosas como números. De otro lado, la armonía era consecuencia de las relaciones de los números y de las cosas, y no era, pues, un factor, como algunos críticos han querido ver, sino un efecto inmediato y autónomo de la conciencia.

El pensador de Crotona fué, según Aristóteles, el verdadero iniciador de la investigación referente a la causa de las cosas. Y ese afán constante hizo que él y sus continuadores descubriesen que la ley y el orden eran los más altos elementos de la vida humana: la naturaleza les presentó espectáculos admirables de orden y regularidad, principalmente en el panorama de los movimientos celestes, cuya esencia creyeron hallar en el número y la armonía. Pero, según la atinada observación de Schleiermacher, en el fondo de esta especulación empírica, había un doble ideal que procuraron realizar (2) *el ético y el estético, como una derivación primordial del carácter espiritualista de la doctrina*, emanada de intuiciones hondas de artista, con el objeto de pretender salvar el eterno dualismo de cuerpo y alma, espíritu y materia.

Veamos ahora, cuál era el fondo estético de la doctrina pitagórica, que si bien no logró fundar una Estética, trajo para la filosofía, conceptos maravillosos de unidad y armonía.

Hay en la especulación pitagórica un comienzo empírico y una reacción espiritualista de índole artística. El filósofo observa, primero, en las cosas susceptibles de percepción sensorial un ritmo único de desenvolvimiento, que está en la esencia de las cosas, este ritmo al penetrar en el alma humana produce una reacción que vibra al unísono del mismo ritmo. ¿Y qué es ese ritmo? La armonía universal, que debe ser simbolizada por el número y sus relaciones de constancia. *El sonido inefable de las cosas, que su sensibilidad exquisita cree percibir es susceptible de expresarse en la escala musical y llegar a la concepción del número, que, indica sus relaciones y que es, en último análisis, la esencia de las cosas, como un símbolo de dichos movimientos rítmicos.* Este concepto del número vino a degenerar en matemáticas, y surge luego el problema de por qué algunos ritmos son causa de goce y otros no. Este problema es la interrogación, aunque en otras formas, perenne de la ciencia estética de todos los tiempos.

La concepción simbólica del número hizo que Pitágoras y sus discípulos se ocupasen de investigar la ciencia del número. El número se compone de los elementos par e impar; el número tres es el perfecto, porque tiene medio, principio y fin. Lo universal se halla simbolizado en el número diez. Llegaron también a concebir que el sentido de orden y el ritmo constituirían el nexo de fusión del objeto y del sujeto, del mundo y del yo, que son las dos fases de la realidad existencial.

Pitágoras, la intuición del ritmo parcial La contemplación estética era, para del espíritu animado de esencia de las cosas en una similitud subjetiva, personal y única. El concepto filosófico de las cosas vendría así a coincidir con percepciones del arte; pues decía que las leyes de la belleza eran el medio de operar del espíritu sobre el mundo material. Ese ritmo único, idealizado "mueve las almas y las estrellas".

Pitágoras vislumbró la intuición de los grandes músicos modernos. El ritmo no era sino la forma, el fondo constituía la armonía. El ritmo reflejaba el fluir incesante del espíritu y de la naturaleza; no era rígido ni estático, *era el ritmo libre y que podía ser original, según la concepción del artista, siempre que conservase el vigor de la armonía íntima.*

Por otra parte, su doctrina de la metempsicosis y su metafísica progresiva, vienen a probar ésta faz de la concepción pitagórica, o sea de que el ritmo no es sino forma que adopta el fondo armónico y misterioso de las cosas.

Por más que no se llegara todavía al conocimiento de la ley de causalidad que rige el mundo fenoménico, en el de los noúmenos, como diría Kant, el pitagorismo había formulado el ritmo de lo desinteresado y bello, que gobierna el desenvolvimiento de la vida espiritual.

(1) *La calidad fundamental de toda obra de arte se halla expresada en el apotegma pitagórico: La armonía, que da unidad a lo múltiple, y que une los elementos contrarios.*

(2) *De lo que se olvidan numerosos artistas contemporáneos.*

***

CHARMIAN LONDON

Cómo conocí a Jack London

La primera vez que encontré a Jack London fué en un día de primavera en Berkeley, California (1). Habiendo perdido mis padres muy temprano, tuve que acogerme a una tía, cuyo marido sostenía no sé que relaciones con un *magazine* "The Overland Montly", editado en San Francisco, que dió a conocer un buen número de nombres de escritores que después casi todos llegaron a la celebridad.

Mi tío, con algunas palabras de caluroso elogio, conmovió a su mujer, despertando al mismo tiempo su curiosidad respecto a ese joven que le había sometido a su juicio novelas verdaderamente notables. Ella, intrigada, quiso conocer ese fenómeno, para inquirir cómo vivía y trabajaba. He ahí cómo fué recibido Jack London en nuestra casa de Berkeley.

Ese día, regresando un poco tarde después del mediodía, llegué en el momento en que mi tía le acompañaba hasta la puerta. Reveo todavía el corredor sumido en una semipenumbra, y los rayos del sol, tamizado por los vidrios coloreados de una pequeña ventana, jugando con los bucles de un joven de una veintena de años, de anchas espaldas, que mi tía me presentó. Me miró con timidez. Pude notar que sus ojos eran grises-azules, francos y joviales, y él, al saludarme, me sonrió.

Vestía un traje de ciclista con un cuello blando y una corbata flotante. Sobre su brazo tenía una enciclopedia inglesa que mi tía acabada de prestarle. Tomó mi mano con hesitación y sus ojos estudiaron un momento los míos. Luego, con paso ligero, descendió los escalones que mediaban de la puerta de calle a la verja; montó en su bicicleta y agitando su gorra gris como último saludo, desapareció tras de la primera esquina de la calle.

—No es seguramente una de las más elegantes de tus visitas. — le dije riendo a mi tía, quien reprendió mi espontánea reflexión de niña aturdida.

—Es muy pobre, — continuó ella — pero de un gran talento que irá muy lejos, muy lejos...

Nuestro próximo encuentro se produjo en San Francisco, donde mi tía, su primer biógrafo, lo había retenido a almorzar. Ocupada en otras cosas, no había pensado más en él. Durante la comida hablamos con animación de sus obras, y, entre otros escritores, particularmente Rudyard Kiplyng, hacia quien Jack London experimentaba una viva admiración y un gran cariño. En efecto, desde que adquirió cierta fama, los críticos le saludaron como un joven Rudyard Kiplyng americano.

En el curso de esa pequeña reunión amistosa casi íntima, recuerdo que sus modales estaban llenos de seducción y que pronto nos cautivaron a mi tía y a mí. De tiempo en tiempo estallaba en explosiones de entusiasmo a propósito de casi todos los tópicos que tratábamos: un escritor favorito, un bello poema, alguna región encantadora de California, que los tres conocíamos.

La impresión que me produjo, nada tiene que ver, sin duda alguna, con la que se pudieron forjar los lectores de Jack London. Creerán que fuí impresionada por su rudeza, su fuerza, su poder dominador. Nada menos exacto. Escuchándole hablar, escrutando su fisonomía, pensaba que era difícil asociar la naturaleza dulce y sensitiva de ese joven escritor, su timidez presta a ruborizarse, con los díceres y rumores que corrían acerca de él. Se decía, en efecto, que tuvo una infancia y una adolescencia turbulenta: niño, había vendido periódicos en los barrios bajos de Oakland; más tarde, realizó terribles hazañas, en compañía de gentes sin nombre, en la gran bahía de San Francisco, o en Oakland, con bandas de vagabundos. Estuvo como marinero navegando a lo largo de las costas del Japón en una goleta armada para la pesca de la foca. Después se unió con vagabundos profesionales y con miles de parias para recorrer casi todo el continente americano, viajando a veces en los furgones de los equipajes, o peor todavía, bajo los vagones de los pasajeros, con peligro de su vida, y luego, más tarde, regresó recorriendo en sentido inverso todo el Canadá.

Siendo verdad todo esto, adquiriría más mérito ante mis ojos. Cuando empezó a escribir sobre la vida de ese vasto mundo que recorrió y conoció, no trató más asuntos que los temas, sujetos vividos por él: los hombres, las mujeres, los niños, los animales: el dolor, el sufrimiento, la fatiga, las desilusiones, la fé y la dicha, el amor y la muerte. Poseía la facultad de observar y comparar. Sediento de aventuras, en el fondo de su alma sentía de una manera extraordinaria todas las bellezas que se pueden encontrar en el ser humano, en las bestias y en la naturaleza. Su supersensibilidad de cuerpo y espíritu era tal, que asimismo, sabiéndose jugar bravamente en el juego de la vida, debería sufrir mucho más de los revesés de fortuna que les tocaban a aquellos que frecuentaba, aun de fibras más rudas, que por los suyos. Otto Weininger ha escrito: "Un verdadero genio es aquel que penetra el fondo de las cosas de la manera más intensa." Si Jack London fué un genio, — contra el cual se defendía con gran vehemencia — yo creo, sin embargo, que era esa la forma de su genio.

Estuve un tiempo sin verle. Me fuí a Europa, y a mi regreso él partía para Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Durante la permanencia de seis semanas en las tabernas de Londres de los barrios bajos, vivió y escribió la historia del *East End* (Whitechapel). Ese libro tiene por título: *El Pueblo y el Abismo.* Varias veces le escuché a Jack declarar que de los cincuenta volúmenes que había publicado, éste era en el que había puesto más emoción.

Entre otros, los que prefería especialmente son las narraciones de "El Silencio Blanco", "El Valle de la Luna", "Las cartas de Kepton-Wace" (escrito en colaboración con Ana Strumsky, que fué una de las camaradas de Jack en la Universidad de San Francisco), y "Martín Eden".

Si el hombre moderno tiene una capacidad de producción mil veces superior a la del hombre de las cavernas, ¿por qué en los Estados Unidos no están convenientemente alojados y alimentados quince millones de hombres? ¿Por qué trabajan millones de niños? La culpa es del capital, que dirige esa producción en forma tan criminal e injusta".

(De *Hiron Heel.*)

P. BECQUEREL

NOTAS CIENTIFICAS

La conquista de la hulla azul

...Es la conquista de la formidable oscilación del océano, que se resume en la marea que cubre periódicamente largas y anchas zonas de riberas y en el perpetuo movimiento de las olas que se lanzan sin nunca detenerse al asalto de los litorales, desgastando la rocalla, destruyendo los acantilados y ahondando los golfos.

Ahora bien, ¿de qué manera se podrá emplear, utilizar esa energía colosal que se pierde sin provecho alguno? Es lo que se han propuesto realizar y llevar a la práctica numerosos ingenieros.

Por lo pronto, las bajas y altas mareas, debidas a la atracción lunar, retuvieron particularmente la atención de los estudiosos en hidráulica. En efecto, después de 1837 hasta nuestros días, se cuenta más o menos el despacho de una centena de patentes de invención, de las cuales una veintena han sido ya publicados.

Una comisión oficial, denominada de la *Hulla azul*, desde algunos años hasta ahora estudió todos esos proyectos durante numerosas sesiones y examinó las maquinarias propuestas, buscándoles el emplazamiento más adecuado para realizar los ensayos.

Los procedimientos que emplearon para resolver el problema han sido clasificados en tres categorías, según los principios en que se apoyan.

En la primera categoría se utiliza la potencia de la marea mediante flotadores que ella acciona continuamente. Esos flotadores se hallan en comunicación con transmisiones mecánicas de la usina de la costa, y su lento movimiento se transforma en otro regular que hace girar los motores.

De modo que un cuerpo flotante de 2.500 toneladas es susceptible de proporcionar una centena de caballos de fuerza con cuatro paros forzosos de veinticuatro horas durante el mes.

En la segunda categoría, se han fabricado aparatos mecánicos rotativos munidos de alas cuyas paletas, sumergidas en las corrientes, utilizan su velocidad. Es sobre ese tipo que se han construído molinos a marea, que se reunieron con los molinos a viento de nuestros abuelos. Es así que la energía recogida con estos ejes y paletas es solamente de 10 a 15 caballos.

En la tercera categoría se colocó todos los modelos que son basados en el principio más práctico de la utilización de una caída de agua.

Se crearon esas caídas en el fondo de bahías, donde se forma un depósito de agua mediante compuertas y presas. En la marea alta se llena ese depósito, que se vacía cuando la marea se retira. Durante su caída pasa a las turbinas de una usina eléctrica, construída sobre la presa. Para evitar la interrupción producida que se necesita para llenar el depósito, el estanque o cuenca, se puede combinar un ciclo de dos depósitos alternados. Cuando uno se llena, el otro se vacía, y viceversa. La usina se colocará en medio de ambas presas.

La compensación se puede todavía hacer de otra manera: cuando a la acción de la marea se añade un volumen de agua dulce de un depósito superior, procedente de una ribera o de un río, que desemboca en ese sitio en el mar.

En fin, existe una gran ventaja en munir esas instalaciones de transformadores hidráulicos, tales como los dispositivos de las bombas de doble alternativa del ingeniero Fouche, que con la presión de una caída baja de dos metros y, por ejemplo, sobre la velocidad de la corriente de agua de veinte metros cúbicos por segundo, se puede remontarla hasta un depósito situado en los acantilados a una altura de 200 metros.

Se crea así una caída poderosa con una velocidad de 400 litros por segundo, cayendo sobre las ruedas "Pelton" (la turbina), imprimiéndoles una marcha velocísima, que reduce al mínimo de economía el material electromecánico que le es propio.

Ese procedimiento de altos rendimientos es de los llamados a tener un gran porvenir, puesto que resuelve de modo práctico el problema tan complejo de una usina mare-motriz aislada y autónoma.

Resumiendo: se desprende que el punto capital del éxito de un establecimiento semejante a una usina, reside en la diferencia de la altura entre el nivel de la alta y la baja marea.

Como la altitud de las mareas en el Mediterráneo no sobrepasa de los 30 centímetros, no se puede pensar más que en las costas de la Mancha y del Atlántico como probables puntos de instalación de usinas maremotrices.

Sobre el litoral del océano, la altitud máxima de las mareas del equinocio varía, según las regiones. De cuatro metros a 50 en San Juan de Luz, alcanzando desde 6 metros hasta 65 en La Rochela y de 7 a 10 en Brest; de 13 a 65 en Saint-Malo, de 7 a 55 en El Havre, y de 9 a 30 en Boulogne.

Las partes del litoral más fácilmente utilizables son aquellas regiones en donde las grandes mareas, como en Finisterre, las Costas del Norte, la Ille-et-Villaine, el Morbihan, presentan ya cuencas naturales que se puede económicamente colocarles compuertas y presas, munidas de turbinas especiales y de transformadores hidráulicos. Sobre la costa de Bretaña se eligieron ya un centenar de localidades, en las cuales serían ventajosas las estaciones maremotrices.

La primera estación de ensayo, actualmente ya en vías de realización, es la de Aber-Vrach, a 25 kilómetros de Brest, y cuyos planos son de una ingeniosidad única. Esta estación está combinada con una usina de socorro situada en la ribera de Diouris, con la que constituirá un depósito de doce millones de metros cúbicos, que se conjugará por otra parte con las otras centrales térmicas de Brest y de Haute-Blavet, asegurándole a esa región un rol industrial considerable.

Se puede citar todavía el último y grandioso proyecto del ingeniero parisiense M. Schwob, basado sobre un ciclo de utilización y sobre un modo particular de distribución eléctrica, según el sistema de Thury. Ese proyecto consiste en construir en la bahía Fresnaye una formidable usina de 400.000 caballos. Su construcción costaría unos 375 millones de francos.

Pero antes sería prudente esperar los resultados de los ensayos de Aber-Vrach.

Llegamos entretanto a los procedimientos concernientes a la utilización de las pequeñas marejadas, es decir el movimiento del oleaje en la costa del litoral, así como a lo largo de las costas del Mediterráneo.

Los aparatos están constituídos por flotadores, que transforman, por mecanismos apropiados, las oscilaciones verticales de las olas, en movimientos rotatorios, accionando ejes de las transmisiones de diversas máquinas instaladas en la ribera. Desgraciadamente, esas instalaciones son fácilmente destruídas por las tempestades.

Sin embargo, los experimentos verificados por un ingeniero, M. Fuseiot, de Guyotvillemen, Argelia, son bastante satisfactorios y convincentes.

Ese ingeniero habría encontrado el medio de proteger su dispositivo por una especie de dique, munido de un túnel que desemboca en la bahía donde coloca sus flotadores. Con una instalación de seis flotadores de cuatro toneladas cada uno, llega a producir 300 caballos de fuerza motriz, devengándole cada caballo 500 francos! Pero no cuenta lo que le cuesta en gastos accesorios, además del motor, la protección de los aparatos, bombas, turbinas, dínamos, que resulta ser el triple precio de una usina ordinaria.

Sea lo que fuere, ese mecanismo que transforma en fuerza motriz el movimiento del oleaje, significa ya un gran progreso.

He ahí cómo se presenta la utilización de la hulla azul en sus dos aspectos y bajo de dos formas: la potencia de las grandes mareas y la oscilación de las olas.

Entramos, pues, resueltamente, en una nueva fase de realizaciones prácticas, de las cuales ya se puede prever que en un porvenir muy cercano, la energía del mar domeñada y domesticada por la ciencia y la mecánica, reemplazará ventajosamente a la hulla negra.

Transformará completamente la vida industrial y económica de las ciudades costeras y de los puertos que tendrán a su disposición la electricidad necesaria para manufacturar las materias primas procedentes de los cuatro extremos del mundo.

BIBLIOGRAFIA

Letters to Judd, an american workignman, by Upton Sinclair.—

—

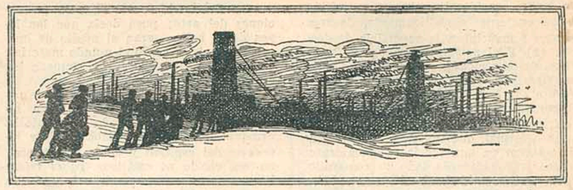
Estas cartas dirigidas a Judd, un obrero norteamericano, son un intento de divulgación, llanamente confeccionado, acerca de los métodos capitalistas, explicando, con documentos y cifras, de qué modo el capital, apoyado por leyes de violencia y de coerción al débil, se queda siempre con la mejor y la mayor parte de la riqueza labrada por una comunidad de esfuerzos. Si esta es una verdad empíricamente archisabida, era necesario enseñarle la lección a los trabajadores para que con datos fehacientes supiesen cómo se les roba y explota, y pudieran defender su derecho con válidas razones.

En la portada de este folleto se dice cuál es el objeto que se propone. El autor se pregunta: "¿Por qué hay tanta miseria o pobreza en la nación más rica del mundo? ¿Por qué, a través de todo el territorio norteamericano, los ricos se enriquecen más y los pobres a la inversa, van siendo cada vez más pobres? ¿Quiénes acaparan la riqueza y el bienestar común que los trabajadores producen, para emplearlo contra estos mismos? — Ahí están los hechos y también sus causas y razones y su remedio, redactados con lenguaje sencillo y comprensible para todas las mentalidades. Treinta años de estudio de los problemas sociales y económicos de Norteamérica se hallan contenidos en este opúsculo; y también treinta años aprendiendo cómo se escriben libros.".

El autor declara que la crítica de la gran prensa no se molestará en publicar veinte renglones para expresar su opinión sobre el texto de su folleto. Entonces, para que se divulgue y se lea, renunció a sus derechos de autor y ofrece las formas impresas a cualquiera que desee editar grandes cantidades.

Hallándose en inglés, estos beneficios no pueden aprovecharnos, a menos que alguien lo traduzca; aunque por lo particular del asunto, dedicado exclusivamente a los problemas estadounidenses, muchas cosas no serán aplicables aquí y casi resultarían incomprensibles para nosotros. Naturalmente, las verdades generales caen bien en todas partes.

Estas Cartas a Judd tienen cierto parecido, como propaganda dirigida al pueblo, con "En el café", de Errico Malatesta. Pero donde éste hace filosofía de los hechos cotidianos para abarcar en su horizonte intelectual todos los temas contemporáneos de las sociedades



presentes, Upton Sinclair se auxilia con las ciencias económicas, barajando un sin fin de cifras, empequeñeciendo, estrechando su punto de vista en el examen de determinados tópicos, para llegar aparentemente a las mismas conclusiones: que debe ser derribado el sistema capitalista. U. Sinclair, aun no siendo un marxista declarado, sigue la misma tendencia, aunque no al pié de la letra, sino en una interpretación libre.

Para realizar esos fines anuncia una nueva revolución americana, o sea en los Estados Unidos. Y dice: *ello no significa revueltas y tumultos, como se imaginan nuestros enemigos; pero tampoco puede significar una sumisión esclavizada a todas las represiones gubernamentales.*

Y para esa revolución apela a los manes de los grandes estadistas norteamericanos, Sam Adams, Patrick Henry, George Whashington, Tomás Jefferson, de quienes dice que si se reprodujeran las palabras donde hablan del derecho del pueblo de arrojar por la borda a los injustos gobiernos, las buenas señoras que se llaman a sí mismas "Hijas de la revolución americana", tendrían el más gran choque de sus respectivas existencias. Y cita a Abraham Lincoln, en uno de sus discursos:

"Este país, con sus instituciones, pertenece al pueblo que lo habita. Por cualquier causa justificada, si estuviese descontento del gobierno existente, puede ejercer sus derechos constitucionales para enmendarlo, o su derecho a la revolución para desmembrarlo o echarlo abajo".

En la carta magna de este país, de la Argentina, se exponen los mismos o parecidos postulados liberales con diferentes palabras. Y este liberalismo tan generoso en el papel, le arrancó una exclamación a Anatole France cuando nos visitó, que era más o menos esta frase: "Sé que tenéis una de las constituciones más nobles y libres del mundo y que algún día pensáis llevarla a la práctica."

Upton Sinclair, al poner como testimonios los próceres de su país, es probable que hizo cuestión táctica; ya que mucho más radicales al respecto lo son otros pensadores de raza.

Pero desde el momento que no nos fué posible dar una idea de la copiosa documentación que le presenta como uno de los intelectuales más informados sobre vastos asuntos económicos y sociales de su ambiente, hemos querido, con lo que antecede, indicar los remedios que proponía como solución definitiva a esos vivientes y palpitantes problemas.

Finalmente el único *hint*, o sea el vislumbre que se nos da sobre esa revolución pacífica, o remedio, es, en este párrafo, dirigiéndose a Judd:

"Es necesario que concluyamos de una vez con el capitalismo. Está muy cerca de su derrumbe y pronto será incapaz de dirigir las usinas, las fábricas y talleres que construyó, o transportar los alimentos para la población de sus ciudades gigantescas. Debemos detener la producción que beneficia exclusivamente los intereses de los capitalistas y aprender a producir solamente para aquellos que trabajan. Es un camino que te indico para que el cambio se realice bajo el amparo de nuestra Constitución: y añado: si hay violencia, deja que los capitalistas sean los primeros en empezar, y entonces tú, Judd, y todos los obreros serán los que la finalicen."

Lo malo es que hace mucho que la violencia de los capitalistas empezó...

Al volver a discurrir de Lincoln, dice que así como él odió el poder de los partidarios de la esclavitud, así odia Sinclair el capitalismo. Un poco más abajo hace su profesión de fé, y escribe:

"Soy uno de los creyentes de estas tradiciones; desciendo de una línea de mis antepasados que perteneció a la marina de guerra. Mi bisabuelo tuvo el comando de la fragata "Constitución"; por eso estoy siempre de pié en la cubierta de la antigua nave, mientras sus propietarios, hacedores de millones, y sus políticos, sirvientes alquilados, tratan de torpedearla. Cuando quise leer la Constitución Americana en una plaza pública y un jefe de policía completamente borracho me arrojó a una prisión y otros periodistas, también borrachos, aplaudieron, te aseguro, Judd, que maldije mi tiempo. Una vez, durante dos años, me puse a leer, a estudiar el período anterior de la guerra de Secesión, y pude comprender cuán grande es la reserva moral que guarda el suelo norteamericano. Sé también cuánto son capaces de esperar, y qué lentas son para moverse y entrar en movimiento. El hecho es que existen; están aquí y yo les lanzo mi llamado y espero su respuesta. Cuido precisamente mi salud con la idea de poder vivir para cantar una vez más el himno de batalla de la república: *Mis ojos vieron la gloria de la venida del Señor.*"

Con estas citas repetidas nos propusimos exhibir los propósitos finales del autor, y demostrar, al mismo tiempo, nuestra imparcialidad al juzgar miras no del todo en consonancia con nuestro sentir de anarquistas. La actitud de independencia mental que siempre adoptó y mantuvo hasta ahora Upton Sinclair frente a la plutocracia yanqui, le hace acreedor al respeto de los hombres desprovistos de mezquinos sectarismos.

En los últimos tiempos tuvimos noticias de una polémica ventilada en "The Road to Freedom", periódico anarquista que aparece en Nueva York, en la que intervenía Sinclair y un camarada nuestro. Sólo pudimos leer la respuesta firmada por este compañero, T. H. Bell. La carta que se alude del novelista, donde parece que defendía el bolcheviquismo comparándolo favorablemente con las tiránicas autoridades de California, no tuvimos la suerte de leerla.

De ahí la imposibilidad de abrir juicio sobre este incidente. Por lo demás son conocidas las simpatías de Sinclair por la Rusia bolchevizada.

El trabajo que comentáramos ligeramente es muy valioso como documentación, descubriéndonos aspectos inesperados de los manejos del capitalismo yanqui.

Entre estas cartas a Judd existe más de una que podría ofrecer un gran interés para nosotros. Por eso trataremos de traducirlas.

Un tomo en rústica, $ 1.20
Edición especial, papel pluma ... „ 2.00
„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3.50